

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1951-Números 48-49



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



IMPRESA EN LA TIPOGRAFIA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID
EN LA PLAZA DE LAS CORTES, 10. MADRID. 1900.



EJEMPLAR NÚM. 341

ARCHIVO HISPANENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LINGÜÍSTICA

Y ARTÍSTICA



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LA IMPRENTA PROVINCIAL — ESCUELA DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

31
3

2.^a Época
Año 1951



Tomo XV
N.^{ros} 48-49

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1951

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE - OCTUBRE

Núms. 48-49

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

	Págs.
Juan de Mata Carriazo.— <i>Las murallas de Sevilla</i>	9
Raimundo Suárez, Fr., O. P.— <i>Significado de la frase «Tener o no tener sentido común»</i>	41
Miguel Romero Martínez.— <i>Las Preciosas Rídiculas, de Molière. Versión y notas</i>	49
Manuel Díaz Caro.— <i>La Vestal. Esbozo de filosofía novelada</i>	81
Hipólito Sancho de Sopranis.— <i>Artistas sevillanos en Cádiz</i>	91

MISCELANEA

José Hernández Díaz.— <i>Don Francisco Murillo Herrera</i>	127
Francisco López Estrada.— <i>«Floresta de varia poesía». Sugerencias bre la obra de Ramírez Pagán</i>	131
*** <i>Concursos de Bellas Artes de la Excma. Diputación Provincial de Sevilla</i>	141
LIBROS: Varios.....	143
CRÓNICA: José Andrés Vázquez.— <i>Noviembre-Diciembre, 1945</i>	155

ARTICULOS ORIGINALES

ARCHIVO HISPANICO

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

DEPARTAMENTO DE MANUSCRITOS Y BIBLIOTECAS

SECCION DE MANUSCRITOS

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

ARTICULOS ORIGINALES

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

LAS PRECIOSAS RIDICULAS

(LES PRÉCIEUSES RIDICULES)

COMEDIA EN UN ACTO

DE

MOLIERE

VERSIÓN ESPAÑOLA Y NOTAS

DE

MIGUEL ROMERO MARTÍNEZ



El texto original utilizado para la traducción es el de la edición estereotípica de Didot, París, 1799, conferida escrupulosamente con la edición de Firmin Didot Frères, París, 1844, la de la colección Lefèvre, París, 1845, y la de Despois-Mesnard, de la colección de los Grands Ecrivains de la France, París, Hachette et C^{ie}., 1873-1900.

PREFACIO

ES COSA extraña que se imprima a la gente a pesar suyo. No veo nada tan injusto, y perdonaría cualquier otra violencia antes que esa.

No es porque quiera dármelas ahora de autor modesto y despreciar, por orgullo, mi comedia. Ofendería inoportunamente a todo París, si le acusara de haber podido aplaudir una necedad: como el público es el juez absoluto de esta clase de obras, sería impertinencia mía desmentirle;

y aunque hubiera yo tenido la peor opinión imaginable de mis **Preciosas Ridículas** antes de su representación, debo creer ahora que valen algo, cuando tantas personas reunidas han opinado tan bien de ellas. Pero, como gran parte de los méritos que en ellas se han hallado depende de la acción y del tono de voz, me importaba que no se las despojase de estos adornos; y entendía que el buen éxito que habían obtenido en la representación era harto satisfactorio y que así debían quedar las cosas. Había resuelto, digo, no hacerlas ver sino a la luz de la vela, para no dar lugar a que alguien aplicara el proverbio, y no quería que saltaran del teatro de Borbón a la galería del Palais. Sin embargo, no he podido evitarlo, y he caído en la desgracia de ver una copia furtiva de mi pieza en manos de los libreros, acompañada de un privilegio obtenido por sorpresa. En balde he exclamado: ¡Oh tiempos! ¡oh costumbres! Me han hecho ver que era una necesidad para mí que se me imprimiera, o sufrir un proceso; y este último mal es todavía peor que el primero. Hay, pues, que abandonarse al destino y consentir en una cosa que no se dejaría hacer sin mi anuencia.

¡Extraño embarazo, Dios mío, dar a la stampa un libro, y que un autor sea nuevo la primera vez que se le imprime! Si me hubieran dado tiempo siquiera, habría podido pensar mejor en mí mismo y habría tomado todas las precauciones que los señores autores, ya colegas míos, tienen costumbre de tomar en parecidas ocasiones. Además de algún gran señor a quien hubiese elegido mal de su grado para protector de mi obra, y cuya liberalidad hubiera tentado con una epístola dedicatoria muy florida, yo habría tratado de escribir un bello y docto prefacio; y que no me faltan libros que me hubiesen suministrado todo cuanto puede decirse de sabio acerca de la tragedia y la comedia, la etimología de ambas, su origen, su definición, y lo demás.

Habría hablado también a mis amigos, que, para la

recomendación de mi pieza, no me hubiesen negado versos franceses, o versos latinos. Y aun los tengo que me hubieran alabado hasta en griego; y nadie ignora que una alabanza en griego es de una maravillosa eficacia a la cabeza de un libro. Pero se me da a luz sin concederme tiempo para mi propio examen; y ni aun puedo obtener la libertad de decir dos palabras para justificar mis intenciones respecto al asunto de esta comedia. Habría querido hacer ver que mi obra se mantiene siempre en los límites de la sátira honesta y permitida; que las cosas más excelentes están sujetas a ser copiadas por torpes monos que merecen ser ridiculizados; que esas viciosas imitaciones de cuanto más perfecto pueda existir han sido en todo tiempo materia de la comedia; y que, por la misma razón, los verdaderos sabios y los verdaderos valientes no pueden en manera alguna sentirse ofendidos por el Doctor de la comedia y el Capitán; como tampoco los jueces, los príncipes y los reyes por ver a Trivelin, o a otro cualquiera, en el teatro, representando ridículamente al juez, al príncipe o al rey: así las verdaderas preciosas cometerían un error enojándose de que se burlen de las ridículas que tan mal las imitan. Pero, en fin, como he dicho, no me dejan tiempo de respirar, y el señor de Luynes quiere llevarme a la encuadernación a este mismo paso. En buena hora, porque Dios lo ha querido.

PERSONAJES

LA GRANGE, {
DU CROISY, { pretendientes desdeñados.

GORGIBUS, honrado burgués.

MALENA, hija de Gorgibus, preciosa ridícula.

CATANA, sobrina de Gorgibus, preciosa ridícula.

MAROTA, criada de las preciosas ridículas.

ALMANZOR, criado de las preciosas ridículas.

El marqués de MASCARILLA, lacayo de La Grange.

El vizconde de JODELET, lacayo de Du Croisy.

LUCILA, vecina de Gorgibus.

CELIMENA, vecina de Gorgibus.

DOS CONDUCTORES DE SILLA DE MANOS.

VIOLINISTAS.

La escena en París, en casa de Gorgibus (1659).

LAS PRECIOSAS RIDÍCULAS

ESCENA PRIMERA

La Grange, Du Croisy

DU CROISY.—Señor La Grange...

LA GRANGE.—¿Qué deseáis?

DU CROISY.—Miradme un momento sin reiros.

LA GRAN.—¿Y bien?

DU CROISY.—¿Qué decís de nuestra visita? ¿Estáis muy satisfecho de ella?

LA GRAN.—Y a juicio vuestro, ¿tenemos razón para estarlo ninguno de los dos?

DU CROISY.—En modo alguno, a decir verdad.

LA GRAN.—Por mi parte, os confieso que estoy completamente escandalizado. ¿Habrás visto dos necias provincianas más pagadas de su propia persona que éstas y dos hombres tratados con más desprecio que nosotros? Apenas si se han dignado invitarnos a que tomásemos asiento. ¡Cuánto secretillo al oído! ¡Cuánto bostezar y frotarse los ojos, preguntándonos qué hora era! No han respondido más que con monosílabos a todas nuestras palabras. Me confesaréis, finalmente, que, aunque hubiéramos sido los dos las últimas personas del mundo, no hubieran podido tratarnos de peor manera.

DU CROISY.—Me parece que tomáis la cosa muy a pechos.

LA GRANGE.—¿No he de tomarla? Y me vengaré de tanta impertinencia. A mí no se me oculta el motivo de su desdén. El aire del preciosismo no ha infestado solamente a París; se ha extendido también a provincias, y nuestras ridículas doncellas han respirado una buena ración. En una palabra, su carácter es una mezcla de coquetería y de preciosismo. Comprendo lo que se necesita para ser bien acogido por ellas; y, si queréis secundar mi propósito, les haremos una jugarreta que patentice su necedad y consiga enseñarlas a conocer mejor su verdadera categoría.

DU CROISY.—Decid.

LA GRAN.—Tengo cierto lacayo, llamado Mascarilla, hombre de ingenio agudo, al sentir de muchas personas. Ya sabéis que en la actualidad no hay cosa tan apreciada como la agudeza de ingenio. Es un extravagante, a quien se le ha metido en la cabeza la idea de pasar por un señor de campanillas. Presume ordinariamente de galante y de literato, y desdeña a los demás lacayos, a quienes califica de estúpidos y de groseros.

DU CROISY.—¿Qué pensáis hacer con vuestro criado? ¿Cuál es vuestro plan?

LA GRAN.—¿Mi plan? Pues ahora veréis... Pero salgamos de aquí ante todo.

ESCENA II

Gorgibus, Du Croisy, La Grange

GOR.—Y qué, ¿habéis visto ya a mi sobrina y a mi hija? ¿Marcha bien vuestro asunto? ¿Cuál ha sido el resultado de la visita?

LA GRAN.—Extremo es ese del que ellas os sabrán informar mejor que nosotros. Todo lo que podemos deciros es que os damos las gracias por el favor que nos habéis dispensado y que quedamos muy atentos servidores vuestros.

DU CROISY.—Vuestros muy atentos servidores.

GOR., *solo*.—¡Oiga! Pues parece que no salen muy satisfechos. ¿Qué motivará su disgusto? Hay que averiguar qué pasa. ¡Hola!

ESCENA III

Gorgibus, Marota

MAR.—¿Qué deseáis, señor?

GOR.—¿Dónde están vuestras amas?

MAR.—En su gabinete.

GOR.—¿Qué hacen?

MAR.—Pomada para los labios.

GOR.—Bien pomadeado está ya; decidles que bajen.

ESCENA IV

Gorgibus, solo

Esas picaronas, con su pomada, quieren por lo visto arruinarme. Por todas partes no encuentro más que claras de huevos, leche virginal y otras mil chucherías que desconozco en absoluto. Desde que estamos aquí, han gastado el tocino de una docena de cerdos, por la parte más corta; y cuatro lacayos vivirían toda su vida con las manos de carneros que emplean ellas.

ESCENA V

Malena, Catana, Gorgibus

GOR.—En verdad que es muy necesario gastar ese dineral para engrasarnos el hocico. Tened ahora la bondad de decirme en qué habéis ofendido a esos caballeros, que acaban de salir de aquí con tanta frialdad. ¿No os había ordenado recibirlos como a personas con quienes deseaba casaros?

MAL.—¿Y qué estima, padre, queréis que dispensemos al procedimiento irregular de esos hombres?

CAT.—¿Qué muchacha algo razonable, tío, podría ponerse en relaciones con tales sujetos?

GOR.—Pero ¿qué tacha encontráis en ellos?

MAL.—¡Linda galantería la suya! Pues ¡cómo! ¡Empezar desde luego por el matrimonio!

GOR.—¿Y por dónde iban a empezar? ¿por el concubinato? ¿No es el suyo un procedimiento del que os podéis felicitar una y otra tanto como yo mismo? ¿Hay nada más correcto que su actitud? Y el sagrado lazo a que aspiran ¿no es un testimonio de la pureza de sus intenciones?

MAL.—¡Ah padre mío! Lo que decís es de un carácter totalmente plebeyo. Vergüenza me causa oírlos hablar de esa forma; y, en esto como en todo, debíais procurar iniciaros en el buen estilo.

GOR.—¡Déjame de estilos y de músicas! Te digo que el matrimonio es una cosa sagrada, y que, hablando de él desde un principio, se han portado como personas decentes.

MAL.—¡Dios mío! Si todo el mundo pensara como vos, una novela acabaría muy pronto. Donosa historia sería si, al empezar, se casara Ciro con Mandane, o que Aroncio y Clelia celebraran en seguida sus bodas.

GOR.—Pero ¿qué cuentos son los tuyos?

MAL.—Padre mío, aquí está mi prima, que os explicará, tan bien como yo, que el matrimonio no debe llegar nunca sino después de otros sucesos. Es preciso que un enamorado, para ser agradable, sepa hacer gala de los más hermosos sentimientos, mostrarse dulce, tierno y apasionado y galantear en debida forma. Primeramente, ha de ver en la iglesia, o en el paseo, o en cualquier ceremonia pública, a la dama de sus pensamientos, o bien ha de entrar en su casa conducido fatalmente por una persona de la familia o por un amigo, y salir de ella meditando y melancólico. Ocultará durante algún tiempo su pasión al objeto amado, y le hará entre tanto varias visitas, en las que cuidará de poner sobre el tapete cualquier cuestión galante en que se ejerciten los talentos de la tertulia. Llega el día de la declaración, que, por lo regular, debe hacerse en un paseo de algún jardín, mientras que la compañía está un poco distante, y la declaración es seguida de un rápido enojo, que se

revela en nuestro rubor y que, por cierto tiempo, destierra al amante de nuestra presencia. Halla en seguida medios de aplacarnos, de acostumbrarnos insensiblemente al discurso de su pasión y de arrancarnos la penosa confesión a que aspira. Después de esto, vienen las aventuras: los rivales que se atraviesan en el curso de un mutuo afecto, establecido ya sólidamente; las persecuciones de los padres; los celos motivados por falsas apariencias; las quejas, las desesperaciones, los raptos y todo lo demás. Así se tratan estos asuntos entre las personas de distinción, y son reglas de cuyo cumplimiento, en fina galantería, nadie puede eximirse. Pero venir de buenas a primeras hablando de unión conyugal, no hacer el amor sino extendiendo el contrato de matrimonio y empezar la novela precisamente por el fin... vamos, padre, pensadlo bien, estas cosas parecen prácticas de chalanés; náuseas me entran tan sólo de considerarlo.

GOR.—Pero ¿qué endiablada jerigonza estoy oyendo? El alto estilo, sin duda.

CAT.—A decir verdad, tío, no puede hablar mi prima más acertadamente. ¿Cómo recibir bien a unos hombres totalmente inexpertos en las cuestiones del buen tono? Me atrevería a apostar que jamás han visto el mapa de Tendre, y que Mensajes Dulces, Gratas Finezas, Esque-las Galantes y Lindos Versos son territorios desconocidos para ellos. ¿No véis que toda su persona lo manifiesta y que carecen de ese aspecto que nos da desde luego favorable opinión de la gente? ¡Venir de visita amorosa con medias lisas, con sombrero desprovisto de plumas, con los cabellos en desorden y con un traje que padece indigencia de cintas! ¡Qué clase de enamorados son éstos, cielos! ¡Qué frugalidad en el adorno, qué sequedad de conversación! No hay quien lo aguante; no hay quien lo resista. Hasta he notado que sus valonas no son de buen corte y que a sus calzones les sobra medio pie corrido de anchura.

GOR.—Indudablemente, se han vuelto locas, y no puedo comprender nada de su algarabía. Catana, y tú, Malena...

MAL.—¡Ay, padre, por favor! Olvidad esos extraños nombres, y llamadnos de otra manera.

GOR.—¡Extraños nombres! Pues ¿no son los vuestros de pila?

MAL.—¡Dios mío! pero ¡qué vulgar sois! Me causa verdadero asombro que pueda ser hija vuestra una muchacha tan espiritual como yo. ¿Se ha hablado nunca, en estilo elegante, de Catana ni de Malenas? ¿Me negaréis que cualquiera de estos nombres bastaría para desacreditar la mejor novela del mundo?

CAT.—Sí, tío, un oído algo delicado padece horriblemente escuchando esos nombres; y habéis de convenir en que el de Polixena, que mi prima ha escogido, y el de Aminta, que es el que yo me he puesto, tienen mucha gracia.

GOR.—Pues escuchad ahora, y esta razón valdrá por todas. Entiendo que no tenéis otros nombres sino los que os pusieron vuestros padrinos.



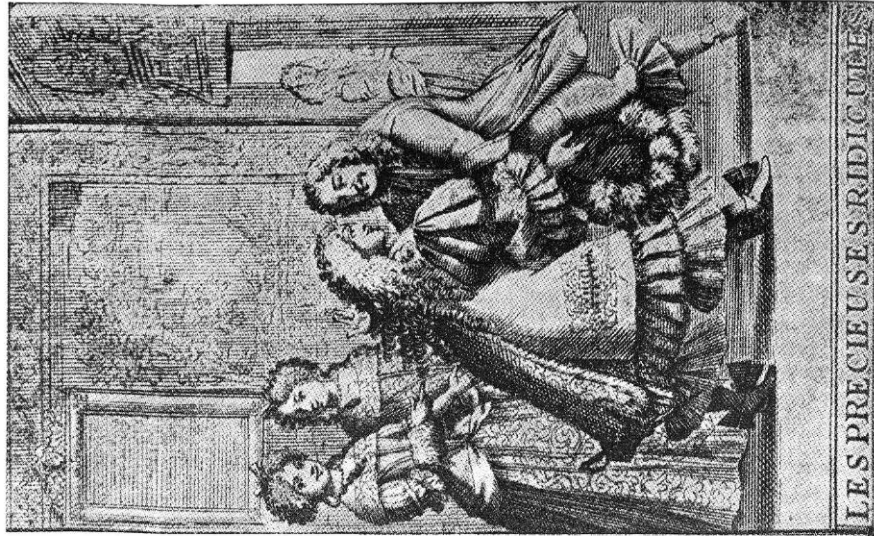
Molière.

LE'S
PRECIEVSES
 RIDICVLES.
COMEDIE.
 REPRESENTÉE
au Petit Bourbon.



A PARIS,
 Chez GUYLLAUME DE LYNNES
 Libraire Imprimeur au Palais, dans la
 Salle des Merciers, à la Justice.

M. DG. LX.
 AVEC PRIVILEGE DU ROY.



LES PRECIEUSES RIDICULES.

Y en cuanto a los señores de que estamos hablando, me consta que son ricos y de buena familia, y, decididamente, quiero que os dispongáis a recibirlos por esposos. Me canso de teneros a mi cuidado; la custodia de dos muchachas es carga demasiado pesada para una persona de mi edad.

CAT.—Yo, tío, lo que puedo deciros es que el matrimonio me parece una cosa muy chocante. ¡Quién se resigna al pensamiento de acostarse con un hombre totalmente desnudo!

MAL.—Permitidnos que respiremos un poco entre la gente distinguida de París, adonde no hemos hecho más que llegar. Dejados labrar a nuestro gusto el tejido de nuestra novela y no precipitéis el final.

GOR, *aparte*.—No me cabe duda. Están locas de remate. (*Alto*). Os repito que no entiendo palabra de toda vuestra faramalla y que mando en jefe; y, para poner un límite a todo género de argucias, u os casáis las dos cuanto antes o, a fe mía, que iréis a un convento; os lo juro solemnemente.

ESCENA VI

Catana, Malena

CAT.—¡Dios mío! ¡Qué hundida está en la materia la forma de tu padre, querida! ¡Qué tosca es su inteligencia! ¡Cuánta oscuridad en su alma!

MAL.—Y ¡qué quieres tú, amiga mía! A mí, bien confusa me tiene. Trabajo me cuesta persuadirme de que sea efectivamente mi padre, y hasta creo que cualquier aventura vendrá a revelarme algún día un nacimiento más ilustre.

CAT.—Sin dificultad lo creería; las apariencias, al menos, no anuncian otra cosa. Y en cuanto a mi persona también..., cuando pienso en mí misma...

ESCENA VII

Catana, Malena, Marota

MAR.—Ahí está un lacayo, que pregunta si os encontráis en casa y dice que su amo desea veros.

MAL.—Aprended, necia, a anunciar a la gente con menos vulgaridad. Decid: ahí está un necesario que pregunta si os halláis en comodidad de encontraros visibles.

MAR.—¡Caramba, si yo no sé latín, ni he aprendido, como vosotras, la *fisolofía* en el Ciro!

MAL.—¡La impertinente! ¡Cualquiera la aguanta! Y ¿quién es el amo de ese lacayo?

MAR.—Me ha dicho que se llama el marqués de Mascarilla.

MAL.—¡Oh querida prima, un marqués! ¡un marqués! Sí, id a decirle que estamos visibles Sin duda es algún ingenio brillante que ha oído hablar de nosotras.

CAT.—Con seguridad, amiga mía.

MAL.—Debemos recibirle en esta sala baja mejor que en nuestra habitación. Arreglémonos un poco el cabello, al menos, y sostengamos nuestro prestigio. Pronto, venid a colgarnos ahí dentro el consejero de las gracias.

MAR.—A fe mía, ignoro qué animal sea ese; debéis hablar en cristiano, si queréis que os entienda.

CAT.—Traednos el espejo, ignorante; y guardaos de manchar el cristal con la comunicación de vuestra imagen.

(Salen).

ESCENA VIII

Mascarilla, dos Conductores de silla de manos

MASC.—¡Hola, conductores, hola! ¡Despacio! ¡despacio! ¡poco a poco! Estos bergantes han formado el propósito de romperme los huesos, a fuerza de tropezar contra las paredes y el suelo.

PRIMER CONDUCTOR.—¡Diantre, es que la puerta es muy estrecha! ¡Y como os habéis empeñado en que entremos hasta aquí mismo!

MASC.—¡Pues ya lo creo! ¿Queríais acaso, ganapanes, que expusiera el esplendor de mis plumas a las inclemencias de la estación lluviosa y que fuese a imprimir mi calzado en el lodo? Vaya; llevaos vuestra silla.

SEGUNDO CONDUCTOR.—Tened antes la bondad de pagarnos, caballero.

MASC.—¿Eh?

SEGUNDO CONDUCTOR.—Digo, señor, que tengáis la bondad de darnos el dinero.

MASC., *dándole una bofetada*.—¡Cómo, belitre! ¡Pedirle el dinero a una persona de mi calidad!

SEGUNDO CONDUCTOR.—¿Así es como se paga a los pobres? ¡Vuestra calidad nos dará de comer?

MASC.—¡Así! ¡De ese modo! Yo os enseñaré a tratar a la gente. ¡Los muy canallas! ¡Pues no se atreven a burlarse de mí!

PRIMER CONDUCTOR, *cogiendo una de las varas de la silla de manos*.—¡Ea! ¡pagadnos en seguida!

MASC.—¡Cómo!

PRIMER CONDUCTOR.—Que nos deis el dinero inmediatamente.

MASC.—Eso está muy puesto en razón.

PRIMER CONDUCTOR.—¡Pronto, vamos!

MASC.—Con mucho gusto. Tú hablas como se debe; pero el otro es un pícaro que dice lo que se le viene a la boca. Toma, ¿estás contento?

PRIMER CONDUCTOR.—No, no estoy contento; le habéis dado un bofetón a mi camarada, y... (*levantando la vara.*)

MASC.—¡Poco a poco! Ten; toma por el bofetón. Se obtiene de mí todo lo que se quiere cuando se me habla en debida forma. Marchaos ahora, y volved por mí dentro de un rato, para llevarme al Louvre al caer de la tarde.

ESCENA IX

Marota, Mascarilla

MAR.—Mis señoras llegarán en seguida, caballero.

MASC.—Que no se den prisa; me colocaré cómodamente para esperarlas.

MAR.—Ya están aquí.

ESCENA X

Malena, Catana, Mascarilla, Almanzor

MASC., *después de haber saludado*.—Señoras mías, os sorprenderéis sin duda de la audacia de mi visita; pero la excelencia de vuestra fama os acarrea este contratiempo. El mérito tiene para mí encantos tan poderosos, que corro tras él por todas partes.

MAL.—Si perseguís el mérito, no es en nuestras tierras donde debéis cazar.

CAT.—Para hallar el mérito en nuestra casa, preciso es que venga con vos.

MASC.—¡Oh! Protesto contra esas palabras. El renombre no yerra predicando lo que valéis; y vais a darle pique, repique y capote a cuanto hay de distinguido en París.

MAL.—Vuestra complacencia lleva demasiado lejos la liberalidad de sus elogios, y ni mi prima ni yo podemos tomar en serio la dulzura de esas lisonjas.

CAT.—Querida, habrá que ordenar que traigan sillas.

MAL.—¡Hola! ¡Almanzor!

ALM.—¿Señora?

MAL.—¡Pronto! Acarreadnos aquí las comodidades de la conversación.

(Sale ALMANZOR.)

MASC.—Pero ¿habrá en esta casa seguridad para mi persona?

CAT.—Pues ¿qué teméis?

MASC.—Que me roben el corazón, que asesinen mi libertad. Veo aquí dos miradas que me parecen bien traidoras, capaces de hacer mofa del viril albedrío y de tratar a un alma con implacable rigor. ¡Qué diablos! En cuanto alguien se aproxima a esos ojos, lanzan mil rayos homicidas. ¡Ah! Por mi nombre que desconfío de ellos, y o tomo cuanto antes las de villadiego, o exijo formal garantía de que no sufriré el menor daño.

MAL.—Querida, es el carácter festivo.

CAT.—Ya veo que es un Amílcar.

MAL.—Nada temáis; nuestros ojos no abrigan ningún mal propósito, y, en cuanto a su probidad, vuestro corazón puede dormir tranquilo.

CAT.—Pero, por favor, caballero; no os mostréis inexorable con ese sillón que os está tendiendo los brazos desde hace un cuarto de hora; conceded alguna satisfacción a su afán de abrazaros.

MASC., *después de alisarse el cabello y de arreglarse el plegado del traje*.—Y bien, señoras, ¿qué decís de París?

MAL.—¡Oh! ¿qué vamos a decir? Habría que ser el antípoda de la razón para no confesar que París es la gran oficina de las maravillas, el centro del buen gusto, de la agudeza y de la galantería.

MASC.—Por mi parte, creo que fuera de París no hay salvación para las personas decentes.

CAT.—Verdad incontestable.

MASC.—Las calles tienen algún lodo; pero hay sillas de manos.

MAL.—Que son ciertamente maravillosas trincheras contra los insultos del fango y del mal tiempo.

MASC.—¿Recibís muchas visitas? ¿Frecuenta vuestra casa algún ingenio distinguido?

MAL.—¡Ay, caballero! No somos conocidas aún; pero estamos a punto de serlo, porque una íntima amiga nuestra nos ha prometido traernos a casa a todos los señores de la colección de trozos escogidos.

CAT.—Y a otros varios que, según nos han dicho, son los árbitros soberanos en las cuestiones del buen tono.

MASC.—Yo podré serviros más cumplidamente que nadie. Todos ellos me hacen visita, y puedo asegurar que ningún día me echo abajo de la cama sin verme rodeado de media docena de ingenios de nota.

MAL.—¡Oh Dios mío! Os quedamos sumamente obligadas por el favor que nos brindáis, pues, sin duda, hay que cultivar el trato de todos esos señores para ser personas distinguidas. Son ellos los que dan la buena reputación en París, y no se os ocultará que hay algunos cuyo solo trato, sin necesidad de otros méritos, basta para acreditar de inte-

ligente a una persona. A mi ver, el principal beneficio de esas visitas consiste en que, por medio de ellas, puede enterarse una de muchísimas cosas que hay que saber de precisión y que constituyen la esencia de la agudeza de ingenio. Se pone una al tanto de todas las historias galantes y de las novedades de más interés en prosa y en verso. Se sabe a punto fijo que fulano ha escrito la mejor comedia del mundo sobre tal asunto; que zutana ha compuesto la letra de tal canción; que mengano ha celebrado en un madrigal el triunfo de sus esperanzas; que perengano ha rimado unas estancias sobre cierta infidelidad; que el caballero de tal compuso anoche una sextina para la señorita de cual, quien le ha enviado la respuesta a las ocho de esta mañana; que este autor tiene tal plan, y aquel otro va por la tercera parte de su novela, y un tercero ha entregado sus trabajos al impresor. Esto es lo que os da lustre en las reuniones; ignorando estas cosas, no vale un ardite todo el ingenio que se tenga.

CAT.—Efectivamente, el último extremo de lo ridículo es que una persona blasona de ingenio y no sepa hasta la cuarteta más insignificante que aparezca a diario. Grandísimo bochorno me causaría, por mi parte, que se me pidiera opinión sobre una novedad que ignorara.

MASC.—Cierto que es vergonzoso que le falten a uno las primicias de la actualidad. Pero no os apuréis; yo estableceré en vuestra casa una academia de ingenios escogidos, y os prometo que no se escribirá en París un solo verso que no sepáis de memoria antes que nadie. Respecto a mi persona, aquí donde me veis, no deja de soplar me la musa, y ya tendréis ocasión de oír, en las más íntimas y elegantes tertulias de la ciudad, las muchas cosas que circulan de mi cosecha: doscientas canciones, otros tantos sonetos, cuatrocientos epigramas y más de mil madrigales, sin contar los enigmas y los retratos.

MAL.—Os confieso que los retratos me inspiran una loca afición. Nada tan exquisito como ese género poético.

MASC.—Los retratos son difíciles, y requieren un talento sutil; ya veréis algunos de los míos, que no han de disgustaros.

CAT.—Pues a mí me placen una enormidad los enigmas.

MASC.—Género es ese para ejercicio del ingenio. Hasta cuatro he compuesto hoy por la mañana, que os daré para que los descifréis.

MAL.—Los madrigales son un encanto cuando se trabajan a conciencia.

MASC.—Esa es mi especialidad, y actualmente me ocupo en redactar en madrigales toda la historia romana.

MAL.—¡Oh! Será ciertamente una preciosidad. Si imprimís vuestra obra, tomaré un ejemplar por lo menos.

MASC.—Os prometo uno para cada una, y de los mejor encuadernados. Publicar me parece una cosa muy por debajo de mi condición; pero

lo hago para darles alguna ganancia a los libreríos, que continuamente están persiguiéndome.

MAL.—Debe de ser grande el gusto de imprimir algo propio.

MASC.—Sin duda. Pero, a propósito, he de recitaros una improvisación que hice ayer en casa de una duquesa amiga mía, a quien fui a visitar. Porque yo soy un improvisador formidable.

CAT.—La improvisación es justamente la piedra de toque del ingenio.

MASC.—¡Atención, pues!

MAL.—Agucemos los oídos.

MASC.—

¡Oh! ¡oh! El peligro no miro:

mientras que, sin de nada recelar, os admiro,

mirándome a hurtadillas me hurtáis el corazón.

¡Al ladrón! ¡al ladrón! ¡al ladrón! ¡al ladrón!

CAT.—¡Oh Dios mío! La última palabra de la facilidad y la galanura.

MASC.—Todo cuanto hago es fácil y galano; no huele a pedante.

MAL.—Dista de ello más de dos mil leguas.

MASC.—¿Habéis observado qué manera de comenzar? ¡Oh! ¡oh! Es verdaderamente extraordinaria. ¡Oh! ¡oh! Como un hombre que de repente se da cuenta de algo. ¡Oh! ¡oh! la sorpresa. ¡Oh! ¡oh!

MAL.—Sí; encuentro ese ¡oh! ¡oh! admirable.

MASC.—Y, sin embargo, parece que no dice nada.

CAT.—¡Qué estáis hablando, caballero! Si es una de esas cosas que no pueden pagarse en la vida.

MAL.—Efectivamente; preferiría haber hecho ese ¡oh! ¡oh! a ser autora de un poema épico.

MASC.—¡Voto al cielo! Tenéis muy buen gusto.

MAL.—¡Oh! No es malo del todo.

MASC.—Pero ¿no admiráis igualmente *El peligro no miro*? *El peligro no miro*, es decir, no lo advierto; manera de hablar naturalísima: *El peligro no miro. Mientras que, sin de nada recelar*, mientras que inocentemente, sin malicia, como un corderillo; *os admiro*, es decir, me recreo en veros, os observo, os contemplo; *mirándome a hurtadillas...* ¿Qué os parece esta expresión *a hurtadillas*? ¿No está bien escogida?

CAT.—Perfectísimamente.

MASC.—A *hurtadillas*, de un modo furtivo. Diríase un gato que acabara de coger un ratón. A *hurtadillas*.

CAT.—No cabe más.

MASC.—*Me hurtáis el corazón*, me lo robáis, me lo arrebatáis.

¡Al ladrón! ¡al ladrón! ¡al ladrón! ¡al ladrón!

¿No diríais que se trata de un hombre que grita y corre detrás de un ladrón para hacerlo prender?

¡Al ladrón! ¡al ladrón! ¡al ladrón! ¡al ladrón!

MAL.—Hay que confesar que todo ello es de un estilo espiritual y elegantísimo.

MASC.—Os lo cantaré ahora con la melodía que le he compuesto.

CAT.—¿Habéis aprendido la música?

MASC.—¿Yo? De ningún modo.

CAT.—Pues ¡cómo entonces...!

MASC.—Las personas de calidad lo saben todo sin necesidad de aprender nada.

MAL.—Ciertamente, querida.

MASC.—Atended, a ver si os gusta mi música. ¡Ejem! ¡ejem! *La, ra, la, ra, la, ra...* Los rigores de la estación, señoras mías, han ultrajado horriblemente la delicadeza de mi voz; pero no importa, es en confianza, al desgaire.

(Canta.)

¡Oh! ¡oh! *El peligro no miro*, etc.

CAT.—¡Apasionada canción! ¿Dejaría alguien de conmoverse?

MAL.—Como que pertenece al género cromático.

MASC.—¿No halláis bien expresado en el canto el pensamiento? ¡Al ladrón! ¡al ladrón! ¡al ladrón! Y luego, como si se gritara muy fuerte: ¡Al ladroón! ¡al ladroón! Y por último, de una sola vez, como una persona a quien le falta ya el aliento: ¡Al ladrón!!

MAL.—Eso es saber el fin de las cosas, el gran fin, el fin final. Todo es maravilloso, os lo garantizo. Me entusiasman la letra y la música.

CAT.—Jamás he visto nada de tanta fuerza.

MASC.—Y todo lo que hago se me ocurre espontáneamente, sin preparación.

MAL.—La naturaleza os ha tratado como verdadera madre apasionada; sois su hijo mimado.

MASC.—¿Y a qué dedicáis vuestros ocios, señoras?

CAT.—A nada, en absoluto.

MAL.—Hemos padecido hasta ahora un espantoso ayuno de diversiones.

MASC.—Me ofrezco, si os place, a llevaros uno de estos días a la comedia; por cierto que va a estrenarse una que me gustaría mucho que viésemos juntos.

MAL.—No es de rehusar vuestra invitación.

MASC.—Pero os suplico que no escatiméis los aplausos cuando llegue la hora, porque me he empeñado en que la obra obtenga buen éxito, y el autor me ha visto esta mañana y ha vuelto a rogarme que lo ayude con mi protección. Aquí hay la costumbre de que a nosotros, las personas principales, vengan los autores a leernos sus obras, para obligar-

nos a descubrir en ellas méritos y a que cimentemos su fama. En cuanto a mí, soy exactísimo, y, cuando me comprometo con cualquier literato, me pongo a gritar siempre ¡*Eso sí que es bueno!* antes que se enciendan las candilejas.

MAL.—¡Oh, no sigáis! París es una admirable ciudad. Aquí pasan a diario cien cosas que se ignoran en provincias, por inteligente que una sea.

CAT.—Basta, caballero; puesto que estamos ya advertidas, cumpliremos con nuestro deber de gritar todo lo preciso a cuanto se diga en escena.

MASC.—No sé si me engaño; pero tenéis toda la traza de haber escrito alguna comedia.

MAL.—¡Oh! Acaso acertéis.

MASC.—A fe mía, será menester que la veamos. Aquí para entre nosotros, yo también he compuesto una, que quiero estrenar.

CAT.—¡Oh! ¿Y a qué comediantes pensáis entregarla?

MASC.—¡Linda pregunta! A los del Hotel de Borgoña. Ellos son los únicos que saben cumplir con su obligación. Los demás no pasan de ser unos ignorantes que sólo sirven para rezar sus papeles; ni realzan la sonoridad de los versos, ni se detienen nunca en el pasaje debido. Y ¡quién es el guapo que averigua el lugar de los buenos versos, si el actor no hace la pausa necesaria, advirtiéndonos de este modo cuándo tienen que oírse los rumores de admiración!

CAT.—Medios hay, en efecto, para hacerle comprender al público los méritos de cualquier trabajo. Para que las cosas valgan, basta con que uno se lo proponga.

MASC.—Y los ribetes de mi traje, ¿qué os parecen? ¿Le pegan?

CAT.—Le caen a las mil maravillas.

MASC.—La cinta está muy bien escogida.

MAL.—Furiosamente bien. Color de moda, del más puro.

MASC.—Y del plegado de la tela, ¿qué decís?

MAL.—Lo encuentro irreprochable.

MASC.—Puedo jactarme al menos de que supera al de casi todos los trajes corrientes.

MAL.—Hay que confesar que jamás se ha visto tanta elegancia en el adorno.

MASC.—Aplicad por un momento a estos guantes la reflexión de vuestro olfato.

MAL.—Huelen terriblemente bien.

CAT.—No he aspirado nunca un olor tan suave.

MASC.—¿Y éste? (*Le da a oler su empolvada peluca.*)

MAL.—Exquisito del todo. De una sublimidad deliciosa.

MASC.—¿Nada me decís de mis plumas? ¿Qué os parecen?

CAT.—Espantosamente bellas.

MASC.—Un luis de oro me cuesta cada una. ¡Como tengo esta maldita manía de buscar siempre lo mejor!

MAL.—¡Cuánto simpatizamos los dos, caballero! Para todo lo de mi uso, tengo una delicadeza furiosa. Hasta las mismas calcetas quiero que sean de buena hechura.

MASC, *alzando la voz bruscamente*.—¡Ay, ay, ay! ¡Gracia, señoras! Que el cielo me confunda; pero esto es ya abusar. Me quejo de vuestro proceder. No está bien lo que hacéis conmigo.

CAT.—Pero ¿qué pasa? ¿qué tenéis?

MASC.—Pues ¡cómo! ¿las dos a la vez contra mi corazón? ¿Por la derecha y por la izquierda? ¡Ah, eso es contra el derecho de gentes! No es igual la partida y tendré que pedir socorro.

CAT.—¡La verdad es que dice las cosas de una manera tan particular!

MAL.—Tiene un ingenio felicísimo.

CAT.—El miedo os hace ver visiones, y vuestro corazón grita antes de que se le toque a la piel.

MASC.—¡Qué diablos! ¡Si está ya desollado de pies a cabeza!

ESCENA XI

Catana, Malena, Mascarilla, Marota

MAR.—Señoras, una persona desea veros.

MAL.—¿Quién?

MAR.—El vizconde de Jodelet.

MASC.—¿El vizconde de Jodelet?

MAR.—Sí, señor.

CAT.—¿Lo conocéis?

MASC.—Pues si es mi mejor amigo.

MAL.—Que pase inmediatamente.

MASC.—Hace algún tiempo que no nos vemos. Me encanta la aventura.

CAT.—Ahí lo tenéis.

ESCENA XII

Catana, Malena, Mascarilla, Jodelet, Marota, Almanzor

MASC.—¡Ah vizconde!

JOD.—¡Ah marqués!

(*Se abrazan.*)

MASC.—¡Qué placer encontrarte!

JOD.—¡Qué alegría tan grande la de verte aquí!

MASC.—¡Otro abrazo, querido!

MAL., a *Catana*.—Amiga mía, ya empezamos a ser conocidas. La gente distinguida sabe ya el camino de nuestra casa.

MASC.—Permitid, señoras, que os presente a este hidalgo; os respondo de que es digno de que le conozcáis.

JOD.—Justo es venir a tributaros los homenajes que se os deben. Vuestros atractivos tienen derechos señoriales sobre toda clase de personas.

MAL.—Eso es llevar la cortesanía hasta los últimos límites de la lisonja.

CAT.—Como día feliz debemos señalar el de hoy en nuestro almanaque.

MAL., a *Almanzor*.—¡Vamos, muchacho! ¿Siempre hay que repetiros las cosas? ¿No véis que hace falta el aditamento de un sillón?

MASC.—No os extrañe ver con ese aspecto al vizconde. Acaba de salir de una enfermedad, que, como observáis, le ha robado el color.

JOD.—Es el fruto de los desvelos de la corte y las fatigas de la guerra.

MASC.—Aquí donde lo véis, señoras mías, el vizconde es uno de los hombres más esforzados de la época. Es un tío de pelo en pecho.

JOD.—Pues vos, marqués, no os quedáis corto; ya sabemos que también lo entendéis.

MASC.—Verdaderamente uno y otro nos hemos visto en más de un trance.

JOD.—Y en sitios donde hacía bastante calor.

MASC., mirando a *Catana* y a *Malena*.—Sí; pero no tanto como aquí. ¡Ja, ja, ja!

JOD.—Nos conocimos en el ejército; y la primera vez que nos vimos mandaba el marqués un regimiento de caballería en las galeras de Malta.

MASC.—Cierto; pero vos, sin embargo, estabais en el servicio mucho antes de mi llegada. Recuerdo que yo no había pasado de suboficial cuando vos mandábais ya dos mil caballos.

JOD.—¡Qué hermosa es la guerra! Pero, a fe mía, la corte, hoy, recompensa muy mal a los buenos militares como nosotros.

MASC.—Ese es el motivo que me obligará a dejar las armas.

CAT.—Por mi parte, siento una furiosa inclinación hacia la gente que ciñe espada.

MAL.—Yo también. Pero quiero que el ingenio sazone la bravura.

MASC.—¿Te acuerdas, vizconde, de aquella media luna que le quitamos al enemigo en el sitio de Arras?

JOD.—¿Cómo una media luna? Una luna completa.

MASC.—Tienes razón.

JOD.—Y bien que me acuerdo, a fe mía. En aquella ocasión, un casco de granada me produjo en la pierna una herida, de que aún conservo

las señales. Haced el favor de ponerme aquí la mano; ya veréis qué herida.

CAT., *después de tentar donde se le dice*.—En efecto, la cicatriz es grande.

MASC.—Dadme vos la mano un momento, y tentad esta herida mía. Aquí, en el colodrillo. ¿Veis?

MAL.—Sí, noto algo.

MASC.—Es una bala de mosquete que recibí durante mi última campaña.

JOD., *descubriéndose el pecho*.—Ved ahora un tiro que me atravesó de parte a parte en el ataque de Gravelinas.

MASC., *disponiéndose a desabrocharse los calzones*.—Voy a enseñaros una herida terrible.

MAL.—No, no es preciso; basta vuestra palabra.

MASC.—Son señales gloriosas que acreditan a quien las lleva.

CAT.—No dudamos de vuestro valor.

MASC.—¿Tienes ahí tu carroza, vizconde?

JOD.—¿Por qué lo preguntas?

MASC.—Podríamos pasear por las afueras con estas señoras, y les haríamos algún agasajo.

MAL.—Hoy no podemos salir.

MASC.—Traigamos entonces violinistas y bailemos.

JOD.—Bien pensado, a fe mía.

MAL.—En cuanto a eso, no hay dificultad; pero será conveniente aumentar un poco la reunión.

MASC.—¡Hola! ¡Champagne, Picard, Bourguignon, Casquaret, Basque, La Verdure, Lorrain, Provençal! ¡Al diablo todos los locayos! Creo que no hay en Francia un hidalgo peor servido que yo. Estos canallas me dejan siempre solo.

MAL.—Almanzor, decidle a la gente del señor marqués que vayan a buscar violinistas, e invítad a los señores y a las señoras de aquí junto a que vengan a poblar la soledad de nuestro baile.

(Sale ALMANZOR).

MASC.—¿Qué dices de esos ojos, vizconde?

JOD.—Y a ti, marqués, ¿qué te parecen?

MASC.—Pues que a nuestra libertad le costará bastante trabajo salir de aquí con las bragas enjutas. Yo, por lo menos, siento sacudidas extrañas y tengo el corazón pendiente de un hilo.

MAL.—¡Qué naturalidad en todo lo que dice! Se expresa de la manera más agradable.

CAT.—Efectivamente, hace un furioso gasto de ingenio.

MASC.—Para demostraros que soy sincero, improvisaré alguna cosa sobre el particular.

(*Medita*).

CAT.—¡Oh caballero! Os conjuro con toda la devoción de mi alma a que nos improviséis también algo.

JOB.—Quisiera hacerlo; pero mi vena poética no está en condiciones, por la cantidad de sangrías que ha padecido últimamente.

MASC.—¿Qué diablos me pasa? Me sale bien el primer verso; pero los demás ni a dos tirones. Verdad que esto es improvisar con alguna precipitación. Ya os haré algo con más calma, que os parecerá excellentísimo.

JOD.—Es el mismo demonio. ¡Qué ingenio tiene!

MAL.—¡Y cuánta galanura y cuánta gallardía!

MASC.—Dime, vizconde, ¿hace mucho tiempo que no ves a la condesa?

JOD.—No la he visitado desde hace más de tres semanas.

MASC.—¿Sabes que el duque ha estado a verme esta mañana y que ha querido llevarme a una cacería de ciervos?

MAL.—Ahí están ya nuestras amigas.

ESCENA XIII

Lucila, Celimena, Catana, Malena, Mascarilla, Jodelet, Marota, Almanzor, violinistas

MAL.—¡Dios mío, queridas! Mil perdones. Estos señores han tenido el capricho de darnos las almas de los pies, y os hemos enviado a buscar, a fin de llenar los huecos de nuestra asamblea.

LUC.—No dudéis de que os quedamos muy reconocidas.

MASC.—Este es un baile improvisado; pero muy en breve daremos otro en debida forma. ¿Han venido los violinistas?

ALM.—Sí, señor; aquí están.

CAT.—Vamos, amigas mías; colocaos.

MASC, *bailando, a manera de preludio*.—La, ra, la, ra, la, ra, la, ra...

MAL.—¡Qué figura tan elegante!

CAT.—¡Y qué bien baila!

MASC, *tomando por pareja a Malena*.—Como mis pies, mi independencia va a andar de seguidillas. A compás, violinistas; a compás. ¡Oh qué ignorantes! No es posible bailar de este modo. ¡Que el diablo os lleve! ¿No podríais tocar concertadamente? La, ra, la, ra, la, ra, la, ra... ¡Animo! ¡Ah violinistas de villorrio!

JOD., *bailando a su vez*.—¡Hola! No precipitéis el compás, que estoy convaleciente.

ESCENA XIV

**Du Croisy, La Grange, Catana, Malena, Lucila, Celimena,
Jodelet, Mascarilla, Marota, violinistas**

LA GRAN., *con un palo en la mano.*—¡Ah pícaros! ¡Ah bribones!
¿Qué hacéis aquí? Hace tres horas que os estamos buscando.

MASC., *recibiendo los golpes.*—¡Ay! ¡ay! ¡ay! No me dijisteis que
me pegaríais de este modo.

JOD.—¡Ay! ¡ay! ¡ay!

LA GRAN.—¡Qué propio de vos, infame, querer pintarla de caballero!

DU CROIS.—Esto os enseñará a no olvidar vuestra condición.

ESCENA XV

**Catana, Malena, Lucila, Celimena, Mascarilla Jodelet,
Marota, violinistas**

MAL.—¿Qué significa esto?

JOD.—Se trata de una apuesta.

CAT.—¡Pero qué! ¿Os dejáis pegar de ese modo?

MASC.—¡Pardiez! No me he defendido, porque soy violento y mis
arrebatos son terribles.

MAL.—¡Sufrir tal afrenta en presencia nuestra!

MASC.—Eso no es nada. Ni aun los hemos dejado acabar. Nos co-
nocemos de toda la vida, y entre amigos no va uno a enfadarse por
tan poco.

ESCENA XVI

**Du Croisy, La Grange, Malena, Catana, Celimena, Lucila,
Mascarilla, Jodelet, Marota, violinistas**

LA GRAN.—Por mi nombre, bergante, que no se repetirá vuestra
burla. Entrad vosotros.

(Entran tres o cuatro espadachines)

MAL.—Pero ¿qué atrevimiento es éste de venir a perturbar nuestra
casa!

DU CROIS.—¡Cómo, señoras! ¿Podemos llevar con paciencia que

nuestros lacayos sean mejor recibidos que nosotros y que vengan a enamorarnos y a daros un baile a costa nuestra?

MAL.—¿Vuestros lacayos?

LA GRAN.—Sí, nuestros lacayos; y no es bonito ni decente que los pervirtáis de ese modo.

MAL.—¡Oh cielos! ¡Qué insolencia!

LA GRAN.—Pero no tendrán la ventaja de servirse de nuestros trajes para recrear vuestra vista; si queréis amarlos, os doy palabra de que ha de ser por sus lindos ojos. Pronto, desnudadlos inmediatamente.

JOD.—¡Adiós nuestro lujo!

MASC.—He aquí por tierra el marquesado y el vizcondado.

DU CROIS.—¡Pícaros, que tenéis la audacia de seguir las pisadas de vuestros amos! Os aseguro que iréis a buscar en otro sitio con que haceros agradables a los ojos de vuestras damas.

LA GRAN.—Es demasiado suplantarnos, ¡y suplantarnos con nuestros propios trajes!

MASC.— ¡Qué veleidosa eres, fortuna!

DU CROIS.—Vamos, quitadles hasta la última prenda.

LA GRAN.—Llévao de aquí en seguida esa ropa. Ahora, señoras, en el estado en que se encuentran, podéis continuar con ellos vuestros amores durante todo el tiempo que os plazca. Os dejamos en completa libertad para ello, y tanto el señor como yo protestamos de que no nos mostremos celosos.

ESCENA XVII

Malena, Catana, Jodelet, Mascarilla, violinistas

CAT.—¡Ah qué vergüenza!

MAL.—Me muero de despecho.

Uno de los violinistas, a MASCARILLA.—¿Qué significa esto? ¿Quién va a pagarnos?

MASC.—Que os lo diga el señor vizconde.

Uno de los violinistas, a JODELET.—¿Quién nos dará el dinero?

JOD.—Que os lo diga el señor marqués.

ESCENA XVIII

Gorgibus, Malena, Catana, Jodelet, Mascarilla, violinistas

GOR.—¡Ah pícaras! ¡Bien la habéis hecho! ¡Lindas cosas acaban de referirme esos caballeros y esas señoras al salir de casa!

MAL.—¡Ay padre! ¡Qué burla tan sangrienta!

GOR.—Sangrienta, sí; pero efecto de vuestra impertinencia, imbéciles. Se han resentido de vuestra acogida. Y a pesar de todo, miserable de mí, tengo que devorar la afrenta en silencio.

MAL.—¡Oh! Juro que nos vengaremos o habrá de costarme la vida. Y vosotros, bribones, ¿osáis seguir aquí después de tan indecente conducta?

MASC.—¡Tratar de ese modo a un marqués! Así es el mundo: la menor desgracia basta para que nos desprecien los que nos prodigaban su afecto. Vamos, camarada, busquemos fortuna en otro sitio; aquí no valen sino las vanas apariencias, ni se tiene el menor miramiento para con la verdad desnuda.

ESCENA XIX

Gorgibus, Malena, Catana, violinistas

UNO DE LOS VIOLINISTAS.—Caballero, entendemos que, a falta de esos señores, nos pagaréis vos el importe de nuestro trabajo.

GOR., *pegándoles*.—Sí, sí; yo os pagaré. ¡Esta es la moneda! Y vosotras, picaconas, no sé cómo me contengo y no os hago lo mismo. Vamos a ser la comidilla y la irrisión de la gente, y todo por vuestra extravagancia. Quitaos de mi vista, indecentes; encerraos para siempre en vuestra habitación. (*Solo*). Y vosotros, que sois causa de su locura, necias patrañas, entretenimientos perniciosos de espíritus desocupados, novelas, versos, canciones, sonetos y sonetas, ¡que os lleven todos los demonios!

FIN DE LA COMEDIA

NOTAS

Título y Prefacio

LAS PRECIOSAS RIDÍCULAS. En nuestro rico idioma hay un gran número de palabras cuyo significado se aproxima al del término *preciosa* en el sentido en que lo emplea aquí Molière, o sea de partidaria del preciosismo literario. Acercándonos más o menos al justo concepto de la voz *précieuses*, podemos decir; afectadas, amaneradas, bachilleras, doctoras, doctorales, empalagosas, enfáticas, letradas, marisabidillas, melindrosas, narcisistas, pedantes, presumidas, primorosas, rebuscadas, refinadas, relamidas, remilgadas, repulidas, sabihondas; pero ninguna de estas palabras traduce exactamente la idea. *Las Presumidas Ridículas* suena bien, mas el sentido queda incompleto. Decir *preciosistas* por *preciosas* sería un neologismo poco agradable; baste ya con dar paso a *preciosismo*. Ante la imposibilidad de traducir con exactitud, preferible es escribir LAS PRECIOSAS RIDÍCULAS, a lo que ningún culto lector pondrá reparo.

«...no hacerlas ver sino a la luz de la vela.» Alusión al proverbio «bella a la luz de la vela, la plena luz la estropea» (*elle est belle à la chandelle; mais le grand jour gâte tout*).

«...a la galería del Palais.» Lugar donde estaban establecidos los libreros Barbin, De Luynes y Trabouillet, que editaban y vendían las comedias nuevas.

«...las cosas más excelentes están sujetas a ser copiadas por torpes monos que merecen ser ridiculizados.» Este pasaje es tanto más diestro cuanto que Molière atacaba a un sector muy importante de la sociedad. Las dos provincianas merecen ser burladas, pero han copiado cosas excelentes. Claro está, sin embargo, que estas excelentes cosas son precisamente las que Molière va a cubrir de ridículo.

«...el Doctor de la comedia... el Capitán... Trivelin.» El Doctor, el Capitán y Trivelin son tres personajes o caracteres de la comedia italiana.

«...el señor de Luynes.» El librero del Palais recordado en una nota anterior. El fué quien publicó la edición príncipe de la obra, París, 1660.

Cuadro de personajes

MASCARILLA. El Mascarilla de *Las Preciosas*, como el de *El Aturdido*, fué creado y representado por el mismo Molière bajo máscara. Así lo dice el comediante Villiers en su pieza *La Venganza de los Marqueses*.

JODELET y GORGIBUS son nombres de personajes de la comedia antigua, como los Pasquinos y Turlupines.

CATANA (*Cathos*) y MALENA (*Madelon*) son diminutivos populares, harto campechanos para damas tan enfáticas como las Preciosas.

LA GRANGE y DU CROISY fueron representados por actores que tenían realmente esos mismos nombres. Además de ellos y de Molière, estrenaron la obra L'Espy (*Gorgibus*), Mlle. de Brie (*Malena*), Mlle. du Pare (*Catana*), Madeleine Béjart (*Marota*), De Brie (*Almanzor*) y Brécourt (*Jodelet*).

LAS PRECIOSAS RIDÍCULAS se estrenaron en París, en el Petit Bourbon, el 18 de noviembre de 1659, con su primitivo título *La Farsa de las Preciosas*, que fué sustituido por el actual desde la misma época de su estreno y en la edición original de la comedia.

Escena primera

«...dos necias provincianas...» *Deux pecques provinciales*, dice el original: dos bachilleras, dos marisabidillas, dos pécoras, dos necias provincianas. *Pecque* o *peque*, acaso del italiano *pecca*, tacha, defecto, como *peca* en nuestro idioma, si no directamente del *pecus* latino, de donde *pécora*.

«...su carácter es una mezcla de coquetería y de preciosismo.» A través de la ironía de Molière, se ve, por su mismo prefacio, que había dos órdenes de preciosas y que no siempre este concepto era tomado a mala parte. El *Grand Dictionnaire des Précieuses* (París, Ribau, 1661), incluyó en su serie lo más grande, fino y amable que había en la Francia de su tiempo. Las Longueville, La Fayette, Sévigné, Deshoulières, Corneille, Ninon de Lenclos, están a la cabeza de la numerosa lista, en que también figuran el rey, la reina y toda la corte.

Escena IV

«...han gastado el tocino de una docena de cerdos...» Esta enumeración, un tanto rústica y grosera, pero muy propia de un personaje como Gorgibus, la hace también en términos parecidos Scarron, en su *Héritier ridicule*:

*Blanc, perles, coques d'œufs, lard, et pieds de moutons,
Baume, lait virginal, et cent mille autres drogues.*

Escena V

«¿Y por dónde iban a empezar? ¿por el concubinato?» Esta graciosa pregunta del bueno de Gorgibus es de un efecto muy cómico y constituye la sátira más sangrienta de los hipócritas rodeos y falsas delicadezas que, según un comentarista, «son siempre en las jóvenes expresión de una imaginación hartó ejercitada.»

«...se casara *Ciro* con *Mandane*, o que *Aroncio* y *Clelia* celebraran en seguida sus bodas.» *Ciro* y *Mandane*, *Aroncio* y *Clelia* son los principales personajes de *Artamenes* y de *Clelia*, novelas entonces muy a la moda. Mlle. de Scudéry, autora de tan voluminosos libros, los publicó bajo el nombre de su hermano.

«...mostrarse dulce, tierno y apasionado...» *Pousser le doux, le tendre et le passionné*. Estos giros franceses son muy usados por los escritores de la época. El mismo Molière ha dicho también en *La escuela de los maridos*:

*Héroïnes du temps, mesdames les savantes,
POUSSEUSES de tendresse et de beaux sentiments.*

«Me atrevería a apostar que jamás han visto el mapa de *Tendre*...» El mapa de *Tendre* es una ficción alegórica de la novela *Clelia*. En él figura un río de la *Inclinación*, un mar de la *Enemistad*, un lago de la *Indiferencia* y otras muchas invenciones del mismo género. Para llegar a la ciudad de *Tendre*, hay que sitiar el pueblo de *Esquelas Galantes*, forzar la aldea de *Mensajes Dulces* y apoderarse en seguida del castillo de *Gratas Finezas* (*Clelia*, tomo primero). El mapa de *Tendre* sirvió de modelo a un famoso y burlesco *Mapa del Jansenismo*, entre otras publicaciones por el estilo, serias o cómicas. Había en aquellos tiempos una verdadera corriente de cartomanía.

«...el de *Polixena*, que mi prima ha escogido...» Un cambio parecido lo llevó a efecto la famosa Catalina de Vivonne, marquesa de Rambouillet, una de las figuras más significadas del Preciosismo. No encontrando bastante noble su nombre de pila, en francés *Catherine*, vaciló algún tiempo entre varios anagramas del mismo—*Carinthée*, *Éracinthe*, *Arthénice*—y se decidió por el último, que llegó a ser pronunciado en el púl-

pito por el gran Fléchier. ¡Con qué fina ironía se burla Molière en este pasaje de esos cambios de nombre!

«*No me cabe duda. Están locas de remate*». La sencillez y el buen sentido de Gorgibus forman un contraste muy agradable con la afectación y la pedantería de Catana y Malena. El carácter de Catana es más pronunciado que el de su prima y su novelería más exagerada. Este ligero matiz, que rompe la uniformidad y evita el escollo de la repetición del mismo ridículo, nos da una prueba magnífica del talento de Molière.

Escena VII

«...ahí está un necesario que pregunta si os halláis en comodidad de encontraros visibles». Ni en este lugar ni en ningún otro momento exagera Molière al imitar el lenguaje de las preciosas. El barroquismo verbal corría parejas con el de la indumentaria. Se llamaba al hombre *el mayor por naturaleza*, a la mano *una moviente*, a una persona seria *un covachuelista de sacristía* y a un amante nuevo *un novicio en calor*; bailar era *trazar cifras de amor en el suelo*; el espíritu desdenoso pasaba por *un hervidero de orgullo*, y, en fin, matar a varias personas se consideraba como *un homicidio espeso*. No cabe más sutileza, retorcimiento y extravagancia que los que caracterizan el lenguaje del preciosismo. Somaize, en su diccionario, reconoce que todas estas expresiones son de buen tono y de uso corriente entre los elegantes, asombrándose de que alguien pueda considerarlas ridículas.

«...debéis hablar en cristiano...» Es decir, en lenguaje inteligible. La expresión, según los comentaristas, parece venir de los venecianos, quienes decían que, no habiendo más verdadera religión que la cristiana, no debía hablarse nunca más que en idioma de cristianos.

La escena queda vacía cuando termina de hablar Catana, y no se reanuda la representación hasta que aparece Mascarilla. En esta comedia, todo cuanto concierne a la acción está un tanto descuidado. Pero ¡cuánta gracia, en cambio, y cuánto talento en la pintura de las costumbres!

Escena X

«...vais a darle pique, repique y capote...» Término de juego. Esta

fraseología de garito es muy propia de un lacayo como Mascarilla y contrasta cómicamente con sus otras expresiones altisonantes.

«¡Hola! ¡Almanzor!» Lindo y sonoro nombre el de Almanzor, empleado sin duda por las afectadas protagonistas, para evitar otra denominación vulgar y plebeya. Pero a Marota, que no quería oír hablar más que en cristiano, no se decidieron a confirmarla.

«...tratar a un alma con implacable rigor». *Traiter une âme de Turc à More*, dice el original. Es un proverbio que alude a las sangrientas guerras de turcos y moros, donde no se daba cuartel.

«...o exijo formal garantía...» *Ou je veux caution bourgeoise*, escribe Molière. Caución burguesa es caución valedera, seguridad de pacto o promesa, garantía solemne. La expresión está empleada otra vez en *La Critique de l'École des Femmes*: «*La caution n'est pas bourgeoise.*»

«...es un Amílcar». Amílcar es un personaje de *Clelia*, a quien presenta la autora como el tipo regocijado de su novela.

«...en las más íntimas y elegantes tertulias de la ciudad...» *Dans les belles ruelles de Paris*, dice el texto francés. La alcoba servía de salón, y la tertulia se reunía en las *ruelles*, o sea en torno al lecho de la preciosa, que solía acostarse para recibir sus visitas. Todo estaba profusamente adornado. Los galanes de estas recepciones se llamaban *alcobistas*, y aun llegó a darse a algunos el título de *grandes introductores de alcoba*.

«...los retratos me inspiran una loca afición». Molière se burla de la manía de los retratos literarios, sobre todo de los autorretratos íntimos, tan corriente en su tiempo.

«...me placen una enormidad los enigmas». Otro abuso de la época eran los enigmas, recurso usual en las conversaciones y lecturas y entretenimiento de poetastros. Semejantes necedades son bien acreedoras a las burlas lanzadas por Molière.

«...me ocupo en redactar en madrigales toda la historia romana.»

Dardo asestado contra Mlle. Scudéry y Quinault, que en sus novelas y tragedias, respectivamente, empequeñecían las grandes figuras del mundo antiguo, presentándolas como amantes amanerados y empalagosos.

«¡Linda pregunta! A los del *Hotel de Borgoña*». Los pérfidos elogios de Mascarilla son realmente una burla contra los comediantes del Hotel de Borgoña, enemigos de los del teatro del Pequeño Borbón, donde se estrenó esta comedia.

«Y los ribetes de mi traje, ¿qué os parecen?» *Ma petite oie*, dice la obra. Era el nombre dado al conjunto de adornos—cintas, plumas, encajes—de un traje.

«*Furiosamente bien. Color de moda, del más puro*». *Perdrigeon tout pur*, está en el texto. *Perdrigeon* era el sastre más famoso de París en aquella época. Para mi versión he preferido la idea del color, como si el pasaje dijera *perdrigon*, tono violeta llamado así por ser el de la ciruela de ese nombre.

Escena XII

«¡Otro abrazo, querido!» La moda cortesana, sobre todo entre los jóvenes, era abrazarse y besarse repetidas veces cuando se encontraban, con acompañamiento de gestos exagerados y palabras ruidosas. *La fureur des embrassements* llamaba Molière a esta manía ridícula.

«Acaba de salir de una enfermedad, que, como observáis, le ha robado el color». Se alude en esta escena a la extremada palidez y a la bien probada bravura del actor Brécourt, que representaba el papel de Jodelet.

«Es un tío de pelo en pecho». En el texto francés: *Un brave à trois poils*. Esta antigua locución proverbial recuerda la costumbre castrense de dejarse pelos en punta en las guías del bigote y de recortar también en punta el mechón de barba que se dejaba crecer en medio del mentón. Esta costumbre, de que ofrecen repetidas muestras los retratos de la época, se había copiado, según parece, de los soldados españoles.

«...yo no había pasado de suboficial cuando vos mandabais ya dos

mil caballos.» Brécourt (*Jodelet*) había precedido efectivamente a Molière (*Mascarilla*) en el oficio de comediante.

«...en el sitio de Arras.» Se remontaba este suceso a 1654. Turenna obligó a levantar el asedio a Condé, que servía entonces a España.

«...en el ataque de Gravelinas.» Hecho de armas reciente al estrenarse la comedia. En 1658 el mariscal de la Ferté había tomado dicha ciudad a los españoles.

«*Voy a enseñaros una herida terrible.*» Las vanas y refinadas damiselas no se ofenden de estas familiaridades y groserías, que consideran genialidades aristocráticas del mejor tono.

«...les haríamos algún agasajo.» *Leur donnerions un cadeau. Donner un cadeau* era dar una fiesta o un banquete.

«...salir de aquí con las bragas enjutas.» *Sortir d'ici les braies nettes.* Expresión popular y proverbial, común al francés y al castellano. La palabra *braies*, plural de *braie*, del céltico *bracca*, un tanto envejecida en la lengua francesa, se usaba más en la época de Molière con el significado de bragas y ropa interior.

Escena XIII

«¡Dios mío, queridas!» *Chère*, cara, querida, se usaba como sinónimo de preciosa. Las dos voces tenían el mismo sentido y estaban igualmente a la moda; pero *chère* expresaba sobre todo la intimidad, y con este matiz se ha conservado en el idioma.

«¡Y qué bien baila!» *Et a la mine de danser proprement.* «Danzar propiamente» en el sentido de bailar bien es uno de los muchos términos rebuscados que se conservan del Preciosismo. *Abrir oficina de ingenio, tener los cabellos de un rubio atrevido, ser de humor comunicativo, penetrarse de los sentimientos de uno, ser duro de comprensión, revestir los pensamientos con expresiones de vigor, tener la frente cargada de nubes, la máscara de la generosidad, etc.*, giros en su mayor parte muy corrientes hoy, son fórmulas del Preciosismo que han servido para enriquecer el lenguaje.

Escena XIV

«...os enseñará a no olvidar vuestra condición». El error de las dos provincianas, sus extremos con dos lacayos disfrazados y la paliza dada a éstos por los verdaderos señores, que pone fin a la comedia, exageran sin duda el desprecio y la burla del Preciosismo; pero Molière atacaba un vicio social y necesitaba emplear remedios violentos. Es a veces un gran arte saber recargar a tiempo las líneas de un retrato.

Escena XV

«...¿Os dejáis pegar de ese modo?... ¡Sufrir tal afrenta en presencia nuestra!» Las mujeres aman el valor, y nadie lo sabe mejor que Jodelet, que tanto ha disfrutado antes ponderando sus propias proezas. El contraste de las fanfarronadas de esta escena con la sumisión y la cobardía expresadas en la anterior, hace aumentar de modo considerable la confusión de las preciosas, que ven disiparse de pronto las grandes ilusiones que acariciaban.

Escena XIX

«...necias patrañas...» *Sottes billevesées*, dice el original. *Billevesée*, que Rabelais escribe *billevezée*, viene de la antigua palabra francesa *billeveze*, cornamusa, y significa rectamente «bola llena de viento» y en sentido figurado «discurso vano, engañoso, tontería, patraña, pampirolada». *Billevesée*, declara Furetière, es la *balle soufflée pleine de vent*. Traduce precisamente la expresión latina *nugae canorae*.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

The University of Chicago is a private, non-sectarian, non-profit institution of higher learning. It was founded in 1837 and is one of the oldest and most distinguished universities in the United States. The university is located in Chicago, Illinois, and is the largest university in the city. It is a member of the Association of American Universities and the Association of Research Universities. The university is known for its research and scholarship, and it has a long history of excellence in education. The university is also known for its commitment to social justice and public service. The university is a member of the Association of American Universities and the Association of Research Universities. The university is known for its research and scholarship, and it has a long history of excellence in education. The university is also known for its commitment to social justice and public service.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

The University of Chicago is a private, non-sectarian, non-profit institution of higher learning. It was founded in 1837 and is one of the oldest and most distinguished universities in the United States. The university is located in Chicago, Illinois, and is the largest university in the city. It is a member of the Association of American Universities and the Association of Research Universities. The university is known for its research and scholarship, and it has a long history of excellence in education. The university is also known for its commitment to social justice and public service. The university is a member of the Association of American Universities and the Association of Research Universities. The university is known for its research and scholarship, and it has a long history of excellence in education. The university is also known for its commitment to social justice and public service.



The University of Chicago is a private, non-sectarian, non-profit institution of higher learning. It was founded in 1837 and is one of the oldest and most distinguished universities in the United States. The university is located in Chicago, Illinois, and is the largest university in the city. It is a member of the Association of American Universities and the Association of Research Universities. The university is known for its research and scholarship, and it has a long history of excellence in education. The university is also known for its commitment to social justice and public service. The university is a member of the Association of American Universities and the Association of Research Universities. The university is known for its research and scholarship, and it has a long history of excellence in education. The university is also known for its commitment to social justice and public service.